

SUMARIO

Portugal y España.—Una página histórica, por Luis Monravà, comandante de ingenieros.—Laboremos, por Eugenio Pastor, primer teniente de infantería.—Observaciones sobre el ejército alemán, por Carlos Requena Martínez, capitán de ingenieros.—El obús de campaña.—Instrucciones para los ejercicios de verano, en Rusia.—La coraza Benedetti, por J. F. H.—Reorganización de las escuelas de suboficiales en Francia.

BIBLIOTECA

Pliegos 27 y 28 de **El tiro colectivo**, por A. Collon, comandante de Artillería belga.

Pliego 20 de **Geografía é Historia de Menorca**, por D. Lorenzo Lafuente Vanrell, primer teniente de Infantería.

Pliego 2 de **Memoria sobre el Curso especial de tiro de infantería**, por D. Enrique Crespo Cordonié, primer teniente de infantería.

PORTUGAL Y ESPAÑA

Contestando al artículo que bajo este mismo título publicamos hace algún tiempo (1), el ilustre general Sr. Moraes Sarmiento escribe en uno de los últimos números de la excelente *Revista Militar* portuguesa un hermoso é inspirado alegato, que aplaudimos sinceramente y con el que estamos de acuerdo.

La cortesía, sin embargo, nos mueve á decir algo más. Nunca hemos puesto en duda, no ya el derecho, sino el deber que cada nación tiene de ser fuerte por sí misma, y de hacerse respetar por su fuerza propia y no por el amor ó los sentimientos amistosos de los pueblos vecinos. Y tratándose de Portugal, dijimos más todavía: á los españoles nos conviene y necesitamos que el reino hermano posea una sólida potencia militar. Cuanto haga en este sentido, lejos de despertar nuestros recelos, será visto con simpatía y con entusiasmo en España, sin que á nadie se le pueda ocurrir poner en duda que uno de los primeros deberes de todo pueblo es el de asegurar su independencia y la integridad de su territorio.

Constantemente laboramos en estas páginas en este mismo sentido por lo que respecto á España, y de igual modo proceden todos los periódicos militares del mundo, sin que ello sea motivo de suspicacias ni levante desconfianzas y antagonismos con otros Estados.

(1) Véase el número 13, de 10 de Julio del corriente año.

Pero el punto de vista que sostuvimos, el que nos apartó de lo sustentado por el general Sr. Moraes Sarmento es otro: en el terreno de los principios, está tan unánimemente reconocido el de ser fuerte por sí mismos, y está tan dentro de la ley natural, que no es menester acudir á argumentos de orden positivo, ni forjar hipótesis atribuyendo á naciones vecinas propósitos y móviles de conquista, para defender aquel principio y desarrollarlo debida y ámpliamente. El evocar tales argumentos y propósitos, despierta siempre recuerdos antiguos, hace nacer sospechas y recelos, y, sin necesidad, separa los pueblos en vez de unirlos, y contribuye á distanciarlos y á que se miren con prevención y desconfianza. De esta suerte, opinamos que para sostener la conveniencia de la reconstitución militar de Portugal, no era indispensable, ni siquiera conveniente, fundarla en el posible, por no decir probable, deseo de expansión de España á expensas del vecino reino. Dos familias viven en una misma casa, pero en cuartos diferentes; aún después de cerrada la puerta de aquella, cada familia cierra la de su cuarto particular, sin que la otra se crea ofendida ni vejada por tal hecho; pero si uno de los vecinos le dice al otro que cierra la puerta por temor á que ese otro se le meta en casa, sobrevendrá una disensión que aunque se mantenga en el terreno íntimo perjudicará á los dos. Este y no otro es el caso que vimos en el artículo del Sr. General Moraes Sarmento.

Con el talento que le distingue, este ilustre militar portugués, en su respuesta á nuestras observaciones esclarece la cuestión y explica el alcance de sus argumentos, quedando así terminado el litigio y en tan buena, sino mejor, armonía como antes lusitanos y españoles. Las mútuas explicaciones, cuando se dan sincera y noblemente, ensalzan á los individuos y estrechan sus vínculos de amistad; lo mismo acontece entre los pueblos y naciones, por lo que nos felicitamos de haber promovido esta pequeña polémica que ha disipado la nubecilla formada en el limpio cielo común á los dos reinos.

Para terminar, dirigimos un cordial saludo al sabio general Moraes Sarmento y á la *Revista Militar* portuguesa, que tan alto ponen el nombre del ejército portugués, y hacemos votos porque se fomenten más que hasta el presente las relaciones y el compañerismo entre militares portugueses y españoles.

UNA PÁGINA HISTÓRICA

Sabido es como en 1808, en medio de la paz y de una estrecha alianza, el ejército de Napoleón privó á España de sus plazas más importantes.

Al pasar el general Duhesme por Figueras dejó en la ciudad alguna

fuerza que, al saber la ocupación de los fuertes de Barcelona, intentó apoderarse del castillo de San Fernando. En aquella fecha, las obras exteriores de esta fortaleza no estaban abandonadas como lo están hoy: faltaban algunos detalles en las fortificaciones, pero el conjunto, en perfecto estado, constaba de un exágono irregular abaluartado, con dos contraguardias y tres hornabeques destacados, formando otro recinto, casamatas en todas las cortinas y espaciosos alojamientos á prueba. El gobernador del castillo supo frustrar con su vigilancia las estratagemas de que quisieron valerse los franceses, mas su jefe logró con amenazas introducir en la fortaleza 200 soldados con apariencias de concriptos, quienes, sostenidos por otros que, mediante éstos, lograron también introducirse, se apoderaron del castillo el día 18 de Marzo, despidiendo la guarnición española, gracias á la debilidad del gobernador, cuya energía estaba muy debajo de su vigilancia.

Llegó el 2 de Mayo: el pueblo de Madrid dió el grito de independencia, que repetido de uno á otro confin de España, hizo que las tropas de Napoleón tuvieran que repasar la frontera seis años más tarde, después de una lucha continua y encarnizada, sin haber logrado dominar más que el terreno que pisaban. Los españoles todos, religiosos y seglares, militares y paisanos, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, nobles y plebeyos, ricos y pobres, todos rivalizaron en hostilizar al enemigo, cada uno á medida de sus fuerzas, y se le habría vencido antes sin las rivalidades y egoísmos de nuestro carácter, tan perjudiciales para la unidad de mando y para que la acción combinada de todas las fuerzas diese el resultado que de ellas se podía esperar.

En la reconquista del castillo de San Fernando se vé el dedo de Dios que, valiéndose de medios al parecer insignificantes, llegó á coronar las mayores empresas. Los dos hermanos D. Ginés y D. Pedro Pou y su cuñado D. Juan Marqués, jóvenes entusiastas, el mayor de los cuales solo contaba veinte años, conciben y llevan á feliz término la empresa de arrebatar á los franceses esta fortaleza, devolviéndola á su patria. Les sugiere esta idea la facilidad que tenían los dos hermanos para entrar y salir del castillo, sin infundir sospechas, gracias al cargo que en él desempeñaba su cuñado, de llevar el alta y baja de los víveres y darles la mejor colocación en los almacenes. Estos tenían la puerta de entrada en el foso y comunicación facil con la plaza, cuyas circunstancias observadas por los hermanos Pou, así como también la de que desde el camino cubierto se podía llegar al foso sin ser vistos por ningún centinela, les hizo comprender que con un jefe resuelto y poca fuerza podía tomarse el castillo por sorpresa. Dispuestos á realizarla empezaron por procurarse unas llaves de la puerta; se trasladaron á Olot los dos hermanos, donde comunicaron su proyecto al brigadier D. Francisco Rovira, quien lo acogió con entusiasmo y los remitió á Tarragona para que

dieran cuenta de él al general O'Donell, que asumía el mando supremo del principado de Cataluña: éste aprobó la idea, cuya ejecución encomendó al marqués de Campoverde. Después de algunos preparativos para el mejor éxito de la empresa, se fijó la noche del 26 al 27 de Agosto de 1810 para realizarla, pero se malogró en aquel entonces por haber sido descubiertas las fuerzas á ella destinadas. Análogas circunstancias retardaron su ejecución hasta el año siguiente en que, las intrigas del marqués de Campoverde, ó de sus partidarios, le elevaron al cargo que antes desempeñaba el general O'Donell, y entonces designó para llevarla á cabo al brigadier D. Antonio Martínez, fijándose la noche del 10 al 11 de Abril, de acuerdo con el de igual empleo D. Francisco Rovira. Reunidas oportunamente con los citados hermanos, en las inmediaciones del castillo, las fuerzas designadas para la empresa al mando del teniente coronel D. Esteban Llovera, capitanes D. José Casas, D. José Rimbau, D. Martín Belmás y D. Miguel Iglesias, veinte subalternos y 400 hombres de la mayor confianza, se dividieron en cuatro secciones al mando de un capitán, asignándose á la primera 140 hombres, 130 á la segunda y 65 á cada una de las dos restantes. Penetrados perfectamente los comandantes de cada seccion del cometido que se les asignaba, lo ejecutaron matemáticamente, como vamos á ver. Descargados los fusiles, recogidas las municiones de la tropa y recomendado á todos el mayor silencio, marchó aquella fuerza guiada por D. Ginés Pou—que años después fué brigadier de caballería—al punto de la estacada por donde debían bajar al foso; allí armaron la bayoneta, saltaron el parapeto y una vez en el foso, D. Ginés se avistó con su hermano, quien le dijo que todas las puertas estaban abiertas y que no ocurría novedad. Entraron en los almacenes, subieron por la escalera que conduce á la plaza y mataron al centinela del principal, cuyo comandante con toda la guardia pagó con su vida la sorpresa. Esta misión estaba encomendada al capitán Casas, el cual dejó en aquel punto 30 hombres con dos oficiales. y con el resto de su fuerza se dirigió al pabellón del gobernador, que lo era el general Guyot, forzaron su guardia personal, haciéndole prisionero con otros jefes que con él estaban. Custodiando á estos prisioneros quedó el teniente coronel Llovera con dos oficiales y 40 hombres; el resto de la sección al dirigirse al cuartel de artillería se encontró con un tambor tocando generala y diez soldados que llevaban una pieza de campaña; todos se rindieron á los nuestros, lo mismo que cuarenta ó cincuenta artilleros que estaban en el cuartel, si bien éstos trataron de defenderse, lo cual costó la vida á algunos de ellos, y encerrados los demás quedaron custodiados por un oficial y 20 hombres.

La segunda sección, con el capitán Rimbau y guiada por D. Pedro Pou, al entrar en la plaza se dirigió al cuartel de infantería, que no tenía guardia, penetró en él y, sin dar tiempo á que la tropa tomase las

armas, la obligó á rendirse (siendo pasados á la bayoneta los pocos que ofrecieron resistencia) trasladándola á una casamata contigua, donde quedó debidamente custodiada.

Guiada por D. Juan Marqués y á las órdenes del capitán Belmás, la tercera sección se dirigió á la muralla de la izquierda por la primera rampa que encontró, forzó tres guardias, compuesta cada una de un cabo y seis soldados, y al llegar encima de la puerta de Francia bajó á la plaza y se reunió, frente al cuartel de artillería, con la primera sección, que tenía la consigna de apoyarla en caso necesario.

La cuarta, mandada por el capitán Iglesias, conecedor del castillo, subió á la muralla de la derecha, recorriéndola y apoderándose de dos guardias llegó hasta el cuartel de infantería, donde bajó para reunirse á la segunda sección, con cuyo auxilio contaba.

Terminada su respectiva misión, los capitanes dieron parte al teniente coronel del feliz éxito de la sorpresa, quien lo comunicó al brigadier Martínez que con D. Francisco Rovira y el resto de su fuerza habían quedado fuera: media hora después entraron todos; se tomaron las convenientes medidas de seguridad, y á las seis de la mañana, después de haber encerrado todos los prisioneros en un solo local, se izó el pabellón español, saludándolo con triple salva de artillería y los entusiastas vitores de aquel puñado de valientes que devolvía á España una fortaleza que nos habían arrebatado los franceses, del modo indigno que hemos referido, cuando todavía se titulaban nuestros aliados.

La guardia de la puerta de entrada del primer recinto, en el hornabeque de San Roque, al enterarse de lo ocurrido en la plaza, marchó á incorporarse con los franceses que se encontraban en la población.

En las caballerizas quedaron encerradas las tropas de caballería y tren, no pudiendo salir al foso ni subir á la plaza por haberseles quitado las llaves de las puertas. Por la tarde se les sacó prisioneros.

Para concluir diremos que los franceses tuvieron 30 muertos y 25 heridos, quedando prisioneros unos 1.600. Había en el castillo más de 800 piezas de artillería, 20.000 fusiles, grandes depósitos de municiones, 100.000 quintales de pólvora, parques abundantísimos de artillería é ingenieros, 10.000 vestuarios, víveres para suministrar seis meses á una guarnición de 20.000 hombres y 4.000.000 de francos en metálico.

LUIS MONRAVÁ.

Comandante de Ingenieros

Barcelona, Octubre de 1907.



LABOREMOS

II

Al comenzar estos modestos trabajos no entró nunca en mis planes el afán de censurar, ni me movió á coger la pluma el deseo de fustigar lo existente, ni el de hacer la crítica de nuestra querida institución militar. Empresa facil es esa de sacar á colación los defectos de que adolece toda obra humana y haciéndolos resaltar, descargar furiosos zurriagazos ó hacer caer sobre ellos el más espantoso de los castigos: el ridiculo. No, no fué ese nunca mi objeto: quise y quiero contestar á la invitación de mi ilustrado y querido compañero D. Federico Pita en sus escritos que titula «Lamentaciones», y si en el primero de los míos escribí con alguna energía, no lo hice, como ya digo, en son de censura, sino con el deseo de dar ánimos, de levantar el espíritu que, al parecer abatido y desengañado, lanza al aire *lamentaciones*.

Dos puntos muy importantes á tratar se presentan al primer golpe de vista, no bien se inicia algún trabajo que con la existencia de los ejércitos en general, y del nuestro, en particular, se relacione. Pero por causas que nunca he podido explicarme, ninguno de nuestros meritísimos escritores profesionales atrevese á tratarlos de lleno, sino soslayándolos, procurando dar de lado á asunto de tan grande importancia, que discutido, tratado y estudiado detenidamente, podría llevar á soluciones prácticas grandemente beneficiosas para nuestra institución y para la patria. Modo de desarrollar en España el *militarismo* (en la acertada acepción que el Sr. Pita le da (1), y procedimientos racionales, pedagógicos y modernos para educar é instruir á los soldados de manera que se den exacta cuenta de su misión y sepan y puedan desempeñar la sublime misión que les está encomendada. Tan intimamente están ligadas una y otra que pueden ser consideradas como una sola, aún cuando generalmente han sido estudiadas separadamente.

Empresa no facil sino por el contrario llena de grandes dificultades, es la de desarrollar en España el militarismo, es decir, el amor, la identificación de pueblo y ejército; del elemento civil y castrénse. Firmes en nuestro afán de culpar de todo y de esperarlo todo de nuestros elementos directores, esperamos cruzados de brazos con estoica impassibilidad que sean ellos los que hagan que tal identificación se realice, sin hacer nosotros nada por coadyuvar á tal importante fin.

Haciendo soldados se hacen ciudadanos; y nosotros que somos los encargados de hacer soldados, debemos saber hacer ciudadanos que di-

(1) «...es solo la identificación de pueblo y ejército, de elemento civil y castrénse.»

fundan el amor al ejército. Debemos meditar que nuestra responsabilidad es enorme, que la nación entera nos mira, y nos mira con cierta prevención que nosotros mismos inconscientemente fomentamos: porque, hasta el presente, el resultado final que hemos obtenido ha sido: «el tedio para el espíritu, y para el cuerpo de muchos la adquisición de enfermedades y de vicios que seguramente no obtendrían si, con nuevos sistemas, se les hiciese amena la fatigosa vida militar, se restringiese suavemente, reteniéndoles con habilidad, su libertad callejera, y hallasen en el cuartel elementos de atracción y de trabajo.»

Ninguna es mi autoridad en estos intrincados y delicados asuntos y por tal causa aún no gustando de hacer citas que parecen querer hacer patentes pruebas de erudición, he querido transcribir los anteriores párrafos de uno de nuestros más brillantes escritores profesionales, y aún citaré alguno más en el transcurso de este escrito.

El mismo escritor cuyo es el párrafo anterior, nos dice cual sea el medio de evitar lo que anteriormente nos dice, al escribir que: «En más de un cuartel, y por la mera iniciativa del jefe, se han realizado mejoras capitales en pro de la educación del soldado: gimnasios bien provistos de aparatos; escuelas amplias y con discreción dirigidas y dotadas; buenos comedores; cuartos de recreo, con sencilla biblioteca; duchas, agua, limpieza, higiene; junto con esto, instrucción teórica hablada por el oficial, empleando temas variados y algo más espirituales y útiles que los reglamentarios. Complementando todo ello en el campamento, lejos de la ciudad, el ejercicio racional con variantes é iniciativas, la vida militar sencilla y en su misma sencillez regocijada y fraternal.»

El día que esto que hoy ocurre en más de un cuartel—pocos desgraciadamente,—suceda en todos, tendremos implantado en la nación ese militarismo de que nos habla el amigo Pita.

Pero, para desempeñar cumplidamente esta alta misión educadora que hoy por hoy incumbe por completo al oficial, toda vez que la escuela no es, ni con mucho, una escuela de la patria, necesitase una especial preparación y un detenido estudio de los métodos educativos puestos en práctica por otras naciones. Muchas enseñanzas nos han proporcionado los capitanes Sres. Requena y Tovar y mi compañero el teniente Sr. Carrión, así como muchísimo y muy bueno han hecho en favor de la instrucción el ilustrado comandante Sr. Ibañez Marin y el competente capitán D. Luis Rodríguez en su magnífica obra «Teoría de la educación é instrucción del recluta».

Para llevar á la práctica estos métodos educativos, ¿es necesaria, es indispensable la acción tutelar del alto mando? Este dice: educa, instruyel; y el educador, el instructor, debe seguir los métodos que mejores resultados rindan para la obtención de excelentes soldados, que después serán grandes ciudadanos y buenos auxiliares para la militarización del país.»

Hemos visto cual es uno de los medios á emplear para desarrollar el *militarismo*: el de la educación en los cuarteles, que después refluya al pueblo de que este se nutre, para que difundidas en él las enseñanzas obtenidas vengan otras generaciones que á los cuarteles lleguen con exacto conocimiento de la misión que vienen á desempeñar y sin perjuicio alguno contra el cuartel y la vida militar.

Otro medio, es el de la transformación de las escuelas elementales en este sentido; no poco podemos nosotros hacer como lo ha hecho en Cartagena la «Liga marítima española», implantando en las escuelas graduadas la enseñanza naval.

Es esta una idea que en mi deseo de laborar por la creación y difusión del militarismo, me atrevo á lanzar sin darle forma, esperando que inteligencias superiores, esos brillantes escritores que antes he citado, nos digan en que forma se ha de hacer y que enseñanzas militares serían las que en las escuelas podrían darse. Claro y evidente es, que esto no podría conseguirse en todas las escuelas de España, pero si en todas las que funcionan en poblaciones en donde siquiera resida un oficial, puesto que no cabe duda que este pondría todos sus entusiasmos al servicio de esta causa por patriotismo y por amor al ejército.

¿Qué opina de esto el amigo Pita? ¿Qué los demás señores á quienes he aludido? Vengan sus opiniones autorizadísimas. Laboremus todos aportando útiles y sólidos materiales á esta grande obra.

EUGENIO PASTOR.

Primer teniente de infantería.

OBSERVACIONES SOBRE EL EJÉRCITO ALEMÁN

II

Al hablar el otro día de las costumbres de los reclutas alemanes (1) decíamos que los mismos tienen un modo especial de efectuar sus salidas del cuartel, durante los primeros meses de su incorporación, por lo cual pasamos hoy á describir este detalle de la vida militar en Alemania.

Salidas de los reclutas en los días festivos

Los reclutas solamente pueden abandonar el cuartel los días festivos y esto en pelotones, que son conducidos por una de las clases instructoras.

Los pelotones van perfectamente formados, pero los individuos que los componen pueden ir hablando y fumando. El sargento les enseña los edificios principales de la población (casa ayuntamiento, gobierno civil, correos, teatros, etc.), y delante de cada uno se paran todos y la clase lo

(1) Número 18 de la Revista (25 de Septiembre de 1907), página 279.

explica, diciendo así mismo los nombres de las calles y plazas por las que se va pasando.

Otro día festivo se dedican á visitar los cuarteles y distintos edificios militares de la guarnición. Finalmente se dirigen las excursiones á las afueras, visitando los fuertes y edificios destacados, así como los pueblos, bosques, valles, etc., de las inmediaciones.

Instrucción individual

En las escuelas teóricas no se lee al recluta ningún libro, folleto ni reglamento: todo se consigue á fuerza de explicaciones y de paciencia de los instructores. El fin que se persigue no es más que ir convirtiendo poco á poco el paisano en militar, y el recluta en soldado aprovechado é instruído.

Así como el suboficial está continuamente aconsejando é instruyendo á los reclutas, procurando por todos los medios posibles ganar la confianza de los individuos, el oficial sostiene, con lenguaje clarísimo y cariñoso, pequeñas conferencias que más bien podían tener el nombre de conversaciones de protector cariñoso. Les dirige preguntas sobre el empleo que han hecho del día y á la vez se deja interrogar sobre lo que les haya llamado la atención en el nuevo género de vida que empiezan á tomar.

Finalmente, en estas escuelas teóricas se va preparando al recluta para el acto de la Jura de Banderas y se le enseña también las canciones, tanto las litúrgicas, como las militares para marchas, campamentos, licenciamientos, etc., de todas las cuales nos ocuparemos más adelante.

La instrucción práctica es también muy interesante y se efectúa al principio del modo siguiente:

Para la parte de gimnasia, abren filas los pelotones con los intervalos reglamentarios y empiezan á practicar la gimnasia individual de cabeza, cuello, manos, brazos, piernas, piés, etc., que antes les ha explicado la clase instructora.

Juntamente con estos ejercicios, y mientras el cabo está inspeccionándolos, el sargento se coloca en un sitio retirado del pelotón y llama en voz alta á un recluta, diciéndole: «¡zapador fulano!»; éste contesta en el acto: «¡señor sargento!» y sale á toda carrera á presentarse á su superior. El sargento le hace tomar la posición de «firmes», corrigiendo minuciosamente todos los defectos y le ordena luego incorporarse á su grupo, cosa que ejecuta el recluta á la carrera, para continuar allí con los ejercicios gimnásticos. En España no solemos dar á la posición de «firmes» la importancia que en otros ejércitos. En Alemania se suele estar un instructor muchos minutos corrigiendo defectos y, en efecto, yo mismo he podido comprobar que, después de hacer sacar el pecho al soldado, meter el vientre, levantar la vista, etc., hay por fin una *posición única* en

la cual el individuo está perfectamente colocado. Esto se nota mucho mejor colocándose el observador á unos cuantos metros del costado del soldado. Muchas veces hace el sargento salir del pelotón á otro recluta para que por sí mismo observe la colocación defectuosa del individuo con quien se ensaya y compare esta situación con la del cabo que se pone «firmes» con arreglo á reglamento. Unicamente habiendo servido en el ejército alemán se puede comprender la importancia que allí tiene esta primera posición del soldado.

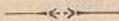
Los cabos alternan la ejecución de los movimientos que enseñan á los reclutas, con preguntas sobre los nombres de los jefes y oficiales, los de las prendas de equipo y otras respecto á la localidad (por ejemplo: qué río pasa por la guarnición, cuál es su anchura aproximada, cómo se llama el cuartel que habitan, qué nombres tienen los fuertes y demás edificios militares que se ven desde el cuartel, etc., etc).

Desde el primer día se educa al recluta en la disciplina y ciega obediencia, haciendo frecuentes ejercicios de cambios de órdenes y contra-órdenes, para que se acostumbren á obedecer lo último que se les manda. Con este objeto se hacen varios ejercicios, como los dos que vamos á explicar.

Consiste el primero en ordenar á todos los reclutas, después de haber «roto filas», que vayan á la carrera hacia un lugar determinado (un árbol, una esquina de edificio, etc.). A la mitad de la carrera, ó cuando el sargento ú oficial lo cree oportuno, se da por el instructor la voz de «¡Achtung!» (¡atención!) y los reclutas deben quedar como petrificados, cada uno en el sitio que queda, pero todos «firmes» y con el frente vuelto hacia el superior. Otras veces, al terminar la instrucción, se manda como siempre romper filas; pero inmediatamente después de ordenado esto se da la voz de «¡á formar!», cosa que deben hacer los reclutas á la carrera; ó bien se les ordena la formación en un sitio, y apenas se ha hecho allí, cuando el sargento manda volver á formar en otro lugar.

Durante mi estancia en aquel ejército he podido apreciar que muchos oficiales extranjeros no acertaban con el verdadero valor de estas prácticas, y sin embargo yo confío en que los lectores de esta Revista comprenderán conmigo cuanta importancia y sabiduría encierran.

CARLOS REQUENA MARTINEZ
Capitán de Ingenieros



EL OBÚS DE CAMPAÑA

Examinando el general Rohne las condiciones que debe reunir la pieza de campaña del porvenir, y después de comparar los obuses con los cañones, fija del siguiente modo los requisitos que ha de llenar el obús.

1.º El proyectil ha de ser lo bastante pesado y ejercer su explosión el efecto suficiente para perforar los parapetos de las obras de campaña; si con este objeto se emplea una espoleta retardatriz, es necesario que á la vez pueda funcionar por el choque.

2.º El obús debe ser de retroceso sobre el afuste y provisto de escudos. La construcción de obuses con retroceso sobre el afuste es más difícil que la de los cañones, á causa de la mayor elevación de aquellos y de la diferente carga.

3.º El proyectil principal debe ser la granada-mina, provista de espoleta retardatriz á voluntad, añadiéndose, si es posible, una granada shrapnel.

4.º Las baterías de piezas de fuego curvo, cuyo número será limitado, deben estar provistas de observatorios, teléfonos, banderas de señales, etc., que aseguren la observación y la transmisión de las órdenes, porque ocuparán generalmente posiciones separadas del resto de los combatientes, y cubiertas.

A juicio del general Rohne, el obús de campaña no podrá substituir nunca al cañón de igual clase. El obús ligero, de 10.5 cm., adoptado en Austria y Alemania, adolece del defecto de que sus granadas no pueden atravesar las obras de campaña, mas que con espoleta retardatriz; para remediarlo, es menester recurrir á un triple municionamiento, lo que conduce á disponer de un número insuficiente de proyectiles de cada clase.



INSTRUCCIONES PARA LOS EJERCICIOS DE VERANO, EN RUSIA

Merecen ser conocidas las instrucciones dictadas por los comandantes de los distritos militares de Vilna y Kazan para los ejercicios estivales (correspondientes á los nuestros de otoño) de las tropas á sus órdenes, y que da á conocer la *Revue militaire des Armées étrangères*.

Distrito de Vilna.

1.—Llevar al campo el mayor número posible de hombres, dejando en los cuarteles los hombres estrictamente indispensables. Los jefes de cuerpo y los generales inspeccionarán por sí mismos varias veces los efectivos de las tropas que acudan á la instrucción.

2.—Importancia de la instrucción individual del soldado, cuya insuficiencia fué puesta de manifiesto en la última guerra. Necesidad de desenvolver su iniciativa y su criterio.

En este orden de ideas, los jefes, cualquiera que sea su jerarquía, deben dar á conocer á sus subordinados, antes de cada ejercicio, el objeto general, la situación y la sucesión de operaciones. En cada ejercicio ó

maniobra se deberá practicar el reemplazo de los jefes hasta los sargentos inclusive.

3.—La preparación de una tropa depende especialmente de la instrucción de las compañías, por lo que se prolongará el período de ejercicios de cada compañía, y se disminuirá en compensación el tiempo dedicado á los ejercicios de las unidades mayores, aumentándose el número de ejercicios de compañía con objetivo táctico.

4.—Todos los ejercicios con objetivo táctico deben ser de doble acción, alternando los partidos encargados del ataque y de la defensa. Aún en los ejercicios más sencillos, formar siempre unidades con los efectivos de guerra, único medio de dar á los oficiales y á los jefes de sección y pelotón la verdadera práctica del mando.

5.—Ningún ejercicio táctico, aunque sea de pequeñas unidades, ha de ejecutarse deprisa. No son menester menos de cinco ó seis horas para desarrollar por completo un ejercicio y abarcarlo en todas sus fases.

6.—Los problemas tácticos deben estar inspirados en el espíritu de ofensiva. No se ha de fijar de antemano cuál de los dos partidos ha de representar el papel de atacante, ni cuál el de defensor. El director de una maniobra debe dejar en completa libertad de acción al jefe de partido y limitarse á indicarle: a.—la misión general; b.—la situación; c.—la hora de empezar la maniobra; d.—la zona de acción (y no la posición á ocupar).

7.—La artillería no debe dejarse atraer por las posiciones desfiladas de las vistas. Ha de recordar que su papel principal es ayudar á la infantería, y no pensar en su propia conservación.

8.—Al terminar el período de ejercicios, todas las tropas efectuarán tiros de guerra con maniobras, y, en donde sea posible, se reunirán para ese tiro tropas de las tres armas.

Distrito de Kazan.

1.—Insistir de un modo particular en la instrucción individual del soldado.

2.—Los ejercicios de verano tienen por único objeto la preparación para la guerra. En todo ejercicio, el objetivo militar debe ser conocido por todos los soldados. Las paradas, la gimnástica elemental, el manejo del arma, deben ser excluidos del programa de los ejercicios de verano.

3.—En la instrucción de tiro, enseñar con preferencia el fuego cuerpo á tierra y de rodillas, que son los más empleados en la guerra.

En la instrucción en orden abierto, desplegar desde el principio la mayor parte de la compañía (hasta 3 secciones), para obtener la superioridad de fuego. No alargar demasiado el frente de despliegue, no dejando más de 2 ó 3 pasos de intervalo entre cada dos hombres. Hacer avances cortos, sea por grupos, sea individualmente, sin ser vistos del adver-

sario, agachándose algunas veces y aún arrastrándose, según la distancia al enemigo. Acordarse de que en el combate actual el adversario es invisible hasta el momento en que se llega á la distancia del fuego eficaz de fusilería.

4.—Si el fuego, en la última guerra, ha dado en muchos casos resultados decisivos, aún en los ataques de noche, el choque á la bayoneta debe seguir siendo para nosotros el medio más eficaz de destruir completamente á nuestro enemigo.

Durante los ejercicios de verano continuar la enseñanza de la esgrima de la bayoneta sobre maniquies, terminar cada ejercicio con las filas cerradas por la esgrima de la bayoneta y cada ejercicio táctico por un asalto en que los dos partidos se atraviesen.

5.—Hacer romper el fuego por la guerrilla á la distancia de tiro eficaz (1.200 á 1.400 pasos), y no disparar por descargas. Tener en cuenta los efectos del fuego, haciendo salir de las filas individuos designados de antemano, y practicar el reemplazo de los jefes. Cuando haya ocasión, hacer las curas y llevar por los camilleros los heridos simulados.

6.—Vigilar con cuidado el servicio de enlace y el sostén recíproco que deben prestarse las diferentes unidades.

7.—Los ejercicios tácticos y las maniobras han de ser siempre de doble acción, con fin ofensivo y encuentro final.

8.—Siempre que se pueda, hacer atrincheramientos durante la maniobra. *Hemos pagado caro nuestro menosprecio de la pala.*

9.—Hacer ejecutar por cada unidad (compañía ó batallón) un ejercicio de noche una vez por lo menos por semana.

10.—Dar siempre por escrito las órdenes para el combate y anotar las órdenes verbales recibidas. Una orden bien dada asegura la mitad del éxito é inversamente.

11.—Llevar la gimnástica aplicada á la par que los otros ejercicios. Cuando se dispone de tiempo y terreno, construir atrincheramientos de perfil de campaña con defensas accesorias y acostumbrar á las tropas á tomarlas por asalto. Desenvolver por todos los medios el hábito de franquear los obstáculos, nadar, saltar, trepar á los árboles.

12.—Ejercitar á los oficiales y á los suboficiales y jefes de sección en la resolución de problemas tácticos sobre el terreno.

13.—La artillería no ha de dejarse seducir por las posiciones desfiladas de los vistas.

14.—Todos los oficiales deben vivir en el campamento. La vida común con el soldado conduce á una aproximación mutua. Deben hablar con su tropa, no solamente durante el servicio, sino fuera de él. Es especialmente necesario fortalecer en ellos la idea de la santidad del juramento, el sentimiento de fidelidad al Tsar y á la Patria, la comprensión de la elevada misión del soldado. No olvidar explicarles las cuestiones de ac-

tualidad ligadas con los intereses de toda la población, y en particular de la población agrícola.

LA CORAZA BENEDETTI

En un curioso escrito, publicado en la *Rivista di Artiglieria e Genio*, el capitán de artillería Aldo Buffi da á conocer la historia de la coraza Benedetti, de la que nos ocupamos en estas páginas á raíz de las pruebas que tanta sensación produjeron (1).

El capitán Buffi reconoce la verdad de dichas pruebas, ejecutadas en condiciones que habían de despertar forzosamente la admiración del público. Después de los experimentos de 1903, Benedetti cedió su invención á una Sociedad; en 1904, esta Sociedad firmó un contrato con Rusia para entregar 100,000 corazas, 10,000 de las cuales debían constituir un primer lote de prueba. Pero las corazas no fueron construidas, el inventor no acudió á la invitación que le hizo Rusia, y, finalmente, se averiguó que la Sociedad había hecho un mal negocio, y el inventor fué condenado por el delito de estafa, ocupándole unos restos de coraza de tela.

Para explicar estos hechos, y para coordinarlos con el buen resultado que la coraza Benedetti había dado en las pruebas oficiales, el capitán Buffi hace observar que los modelos ensayados eran de pequeñas dimensiones, de modo que para proteger solamente el torax de un soldado hubiera sido menester una coraza de 10 kilogramos, y si la protección se quisiera extender á los costados y al dorso el peso ascendería á 26 kilogramos, y á 60 kilogramos si la protección debiera ser suficiente contra el tiro á pequeñas distancias. De donde se infiere, que la coraza de acero hubiera resguardado lo mismo con un peso tres veces menor.

Examinando la deformación de los proyectiles que chocaban contra la coraza, el peso y condiciones de ésta; recordando que el inventor no permitía que nadie la tuviese en las manos; y estudiando mecánicamente el asunto, el capitán Buffi llega á la conclusión que la coraza Benedetti se componía de planchas de aluminio, recubiertas por una capa de tela, metal de introducción reciente en aquella fecha; y hace notar que hay varias aleaciones de aluminio que dan mejores resultados que el aluminio puro, cosa que es difícil supiera Benedetti, cuyos conocimientos científicos eran nulos.

Podrá argüirse que, según el inventor, en su coraza no entraba ningún metal, y así era efectivamente en los pedazos que se le ocuparon al prenderle. Pero Buffi ve en esto, precisamente, la prueba de la extraña conducta de Benedetti. Habiéndolo en efecto exigido la Sociedad que trató de explotar la invención, que no figurase ningún metal en las corazas, Benedetti se encontró en un callejón sin salida, no pudo cumplir el

(1) Véase el número de 10 de Enero de 1904.

contrato con Rusia, y procedió á estudiar un segundo modelo de coraza, que fué el secuestrado. Comprueba Buffi esta afirmación, examinando las deformaciones de los proyectiles, deformaciones muy diferentes de las sufridas por los empleados contra la coraza primitiva, y análogas á las de otros disparados contra una coraza de algodón hidrófilo comprimido á 300 atmósferas; también fueron diferentes los efectos de las armas blancas contra la primera y contra la segunda coraza.

Termina su artículo el capitán Buffi diciendo que es una utopía el pensar en la invención de corazas para la infantería. Aún suponiendo que la industria, la técnica ó algún afortunado inventor pudieran ofrecer una coraza práctica y resistente á los fusiles actuales, la cuestión no quedaría resuelta, sino solo aplazada. Basta ver lo que sucede con los escudos adoptados por la artillería. El uso de la coraza para infantería provocaría inmediatamente la adopción de proyectiles capaces de hacerlas ineficaces. Esto no excluye que tropas especiales, encargadas de misiones muy peligrosas, puedan valerse de los excelentes aceros que ofrece la industria para constituir un escudo; pero para la masa la coraza permanece en las regiones de la utopía.

En resumen: la coraza Benedetti parece que era de aluminio puro, revestido por una capa de tela, y que si bien en las pruebas no hubo mixtificación ni engaño, los periódicos que las dieron á conocer no se fijaron en el peso de las corazas en relación con su superficie. En aquella época el aluminio apenas comenzaba á tener aplicaciones industriales, y de aquí que las contadas personas que consiguieron tener brevisimos instantes en sus manos las corazas aunque sin poderlas examinar—porque el inventor no lo permitía—creyeran, en razón de la ligereza de las mismas, que no entraba en su composición ningún metal.—J. F. H.



REORGANIZACIÓN DE LAS ESCUELAS

DE SUBOFICIALES EN FRANCIA

El camino emprendido por los últimos ministros de la Guerra franceses no podía menos de conducir á funestos resultados, y los hechos se encargaron recientemente y en varias ocasiones de poner de manifiesto cuan peligroso es tratar de apartar al ejército de su caracter esencialmente nacional. Parece que se ha hecho un alto en la desatentada marcha, precursor de una rectificación, que comienza á iniciarse. No se ha renunciado todavía á los principios que han imperado últimamente, pero se los conserva como una satisfacción al espíritu imperante más que con el ánimo de llevarlos á la práctica.

Entre las medidas que debemos anotar, figura la reorganización de las escuelas de suboficiales aspirantes á oficiales. El ingreso de aquellas clases en el cuerpo de oficiales, decretado por un Ministro famoso por sus torpezas, hubo de ser paliado al poco tiempo, y ahora vuelve á ser modificado. La reforma, sin duda meditada, merece ser conocida, y de ella daremos un amplio extracto que tomamos de la prensa militar francesa.

En el preámbulo que precede al decreto se hace notar que las diferencias de organización y de régimen, de métodos de instrucción, y las divergencias en la orientación de la enseñanza no tienen razón de ser. Salvo en lo que concierne á la enseñanza técnica especial á cada arma, el funcionamiento de todas las escuelas debe ser el mismo. Una consideración de orden más elevado, consecuencia del desarrollo de las ideas democráticas, induce á procurar la unidad de origen de los oficiales. Como principio general, es de desear que en un próximo porvenir los oficiales que salgan de filas, teniendo un nivel mayor de conocimientos generales, puedan entrar en escuelas de aplicación, con el mismo grado de preparación que sus compañeros procedentes de las escuelas especiales. Como se ve, esto es una completa rectificación de lo sostenido por los ministros anteriores, siendo digno de notar que se invoque el espíritu democrático para decretar todo lo contrario de lo legislado por obedecer á aquel principio.

Los suboficiales considerados aptos para el ascenso pasarán á la Escuela militar de su arma, salvo los pertenecientes á las secciones y tropas montadas, los cuales pueden concurrir á las Escuelas de infantería, los unes, y los otros á las de artillería, sección del tren.

Para ser admitidos á concurso, los suboficiales deben llevar dos años de empleo en el momento de ingresar en la escuela, y haber obtenido el certificado de aptitud como jefes de escuadra y de pelotón.

El concurso se divide en dos partes, con examinadores especiales para cada una: 1.º Conocimientos generales; 2.º Conocimientos profesionales. La primera es juzgada por correctores comunes á todas las armas, y la segunda por tribunales diferentes para cada arma.

Los suboficiales admitidos siguen figurando, como excedentes, en sus cuerpos, con la categoría honoraria de sargentos primeros. En la escuela se les prepara en el doble concepto de instructores y educadores. Se les distribuye en brigadas de veinte á veinticinco como máximo, bajo el mando de un teniente ó capitán segundo, agrupándose aquellas de dos á cuatro á las órdenes de un capitán. De esta misma categoría son los profesores. La duración de los cursos será de once meses. Á la terminación de cada curso, los suboficiales alumnos son examinados por un tribunal designado por el ministro, y clasificados según el resultado de estos exámenes y las notas del curso, formándose una lista única para todos. Los reprobados vuelven á sus cuerpos de origen, donde reanudan las funciones de su empleo. Únicamente en el caso de enfermedad debidamente justificada puede concederse la repetición del curso.

Después de haber pretendido resolver radicalmente el problema del ascenso de los sargentos, Francia ha retrocedido y se ha internado en una senda que nosotros hemos abandonado hace mucho tiempo. No puede ser mayor la diferencia entre los métodos alemanes y los franceses para el reclutamiento de la oficialidad. En Alemania la instrucción es mucho, pero antes que ella hay otra cosa, sin la cual no puede existir la verdadera superioridad del oficial. Desde un punto de vista general, puede sentarse que en Alemania se legisla para el ejército *colectividad*, y en Francia para las *personas*, todas, muchas ó pocas, que componen el ejército. Y como entre nosotros tampoco está resuelta la cuestión del ascenso de los sargentos, conviene que nos persuadamos de que el sistema francés es malo, para orientarnos poco á poco hácia el alemán.